

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

La familia en la U.R.S.S. La igualdad de la mujer. La maternidad y la protección del niño. El individuo y la moral social. La educación eugénica y sexual. Testimonios de viajeros. "Rusia al desnudo." El régimen concentracionario. La nueva jerarquía social-política. El trabajo forzado. Smimora, una mujer entre tantas. La Revolución desconocida.

DESPUÉS de la Revolución de octubre de 1917 se produjeron, en el inmenso continente social de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, transformaciones que influenciaron profundamente también la vida familiar, es decir, todas las manifestaciones vinculadas con las relaciones entre varón y mujer, entre padres e hijos, como también entre la familia y la sociedad.

Si en los primeros años del régimen soviético, especialmente en la época de las guerras civiles, cuando hacían estragos las enfermedades y el hambre, había necesidad de salvar sobre todo el "material humano" con cuyas fuerzas renovadas los detentores de la autoridad del Estado sostenían que tenían que fundar otro orden social —hoy, después de algunos decenios, se podría trazar el primer balance de las realizaciones políticas, económicas, técnicas y culturales. En estas páginas nos limitamos al terreno de la vida familiar, a la situación de la mujer y del niño. En nuestra exposición nos valemos, en primer lugar, de algunos datos oficiales y detalles relatados por los partidarios o simpatizantes del régimen; después, reproducimos algunas opiniones de los especialistas en la materia, y testimonios de los que vieron de cerca la realidad y no se sintieron satisfechos con sus apariencias ni con las estadísticas, generalmente muy relativas, siendo el individuo y las masas reemplazadas con cifras frías, para el uso de la burocracia y de los gobernantes.

El principio de la igualdad de la mujer es formulado en el artículo 122 de la Constitución de la U.R.S.S., "definitivamente"

redactado en 1936: "La mujer en la U.R.S.S. tiene iguales derechos que el hombre en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural y social-política." La aplicación de este principio es establecida de la siguiente manera en el mismo artículo: "La posibilidad de realización de estos derechos de la mujer está asegurada por lo que se acuerda a la mujer un derecho igual al del hombre en el trabajo, salario, descanso, seguro social e instrucción, mediante la protección por el Estado de los intereses de la madre y del hijo, las vacaciones de gestación con mantenimiento del salario concedido a la mujer, vasta red de casas de maternidad, casa-cunas y jardines infantiles."

Estas pocas líneas marcan, en principio, la diferencia entre la situación de la mujer bajo el régimen zarista y su situación bajo el régimen soviético. Las mujeres rusas, en su inmensa mayoría, eran esclavas del marido; eran animales de trabajo, animales de placer o de cría, carentes de cualquier derecho político o civil. En un pueblo oprimido, la mujer era doblemente esclava, si trabajaba en el campo o en la fábrica; no estaba exenta de las tareas domésticas, de las cargas de la maternidad y de la "crianza" de los hijos. La maternidad estaba librada a la casualidad y los hijos no podían desarrollarse normalmente en un ambiente donde reinaban todos los flagelos de la miseria: ignorancia, supersticiones, alcoholismo, enfermedades venéreas, criminalidad, promiscuidad sexual, etc.

En numerosos escritos acerca del régimen soviético, se insiste también en la nueva situación de la mujer, como consecuencia de su igualdad en derechos con el hombre. Tal como relata V. Karpinski en su libro: *Cómo es administrada la Unión Soviética* (Ediciones El Libro Ruso, Bucarest, 1944) en el año 1939, por ejemplo, fueron internadas en las casas de reposo 72,000 mujeres grávidas y madres lactantes. Más de 700,000 niños eran criados en casas-cunas; más de 5 millones de niños frecuentaban los jardines de infantes. En las consultas organizadas por "La Protección de la Madre y del Niño" se presentaron "50 millones de madres" (es probable que éste sea el número total de las con-

sultas). Más de mil millones de rublos se dieron como premios a las familias con muchos hijos. Para la asistencia de las mujeres embarazadas, de las parturientas, de los recién nacidos, los Seguros Sociales invirtieron 800 millones de rublos. Otros centenares de millones fueron destinados para los sanatorios infantiles, instituciones y colonias extraescolares. Cerca de 60,000 cantinas y restaurantes dispensaron a las mujeres trabajadoras de las tareas culinarias.

Todo esto facilitó mucho "el acceso de las mujeres en la producción, en la instrucción pública, en la vida social y la administración del país". En 1939, ellas constituían el 40% de los trabajadores de la gran industria. En la enseñanza, 50%; en el servicio de la salud pública, casi el 75%. Son numerosas las mujeres en los servicios calificados como exclusivamente masculinos; hay mujeres fundidoras de acero, torneras de metales, mecánicas de locomotoras. En los coljoes, las mujeres son absolutamente independientes, iguales que los hombres. Dirigen las chacras (aproximadamente el 20%), presiden los comités de los coljoes. En el Consejo Supremo de la U.R.S.S. llegaron a ocupar 189 puestos; se cuentan por centenares en los soviets de las repúblicas federales, por decenas de miles en los soviets locales.

Otro publicista ruso, T. Serebrennicov, para mostrar que la protección de la mujer y del niño constituye una de las principales preocupaciones del Estado soviético, proporciona algunas cifras del año 1940, en su libro: *La mujer en la Unión Soviética* (Ediciones El Libro Ruso, Bucarest, 1944): "Las casas-cunas están abiertas todo el año para recibir 890,000 niños, en lugar de 550 como en 1913". En el período de los trabajos agrícolas de 1941, fueron recibidos 3.857.000 niños en las casas-cunas de los coljoes y sovcozes. Las instituciones preescolares, para niños de tres a siete años, adquirieron un gigantesco desarrollo. En 1940 había 54,000 jardines para 2.300,000 niños. El mantenimiento del niño es costado por el Estado, en proporción de tres cuartos o dos tercios; el resto es cubierto por los padres. La mujer que trabaja 'es eximida de la preocupación del niño, dejado en la cuna' y de los cargos de la economía doméstica, "del improductivo trabajo de la cocina".

De acuerdo con el mismo autor, antes el niño constituía "una pesada carga y una maldición para la familia pobre". Hoy el Estado acuerda a la madre una anualidad de dos mil rublos, durante cinco años, del séptimo al noveno hijo. Ésta suma es aumentada en los subsiguientes nacimientos. Para las familias con muchos hijos, el Estado contribuyó con 822 millones de rublos en 1938, con 1,225 millones en 1940, con 4,410 millones desde 1936 hasta 1941. Las madres, además de ayuda material, reciben de las universidades populares los conocimientos pedagógicos necesarios. En los coljoses se dictan numerosas conferencias relacionadas con la educación de los niños.

En lo que respecta a la asistencia médica de los nacimientos, en 1940 existían 145,000 camas en las maternidades (21 veces más que en la Rusia zarista) hasta en los rincones más apartados del país, 830,000 mujeres pasaron sus vacaciones en las casas de reposo y sanatorios de los Seguros Sociales: "Los sanatorios y las estaciones tarapéuticas se convirtieron en patrimonio popular."

Según T. Serebrennicov, "la maternidad no crea preocupaciones a la mujer soviética". Ella sabe que sólidas organizaciones la ayudarán en el período pre y postnatal, y que tampoco el cuidado del niño es librado a la casualidad. La mortalidad infantil decrece. La natalidad, muy elevada, tiende a aumentar constantemente. En 1937, por ejemplo, el número de los nacimientos aumentó en un 20% en comparación con el año precedente. Serebrennicov ve en las realizaciones eugénicas de su país "una gran victoria del humanismo", en oposición al sistema practicado en los países fascistas, donde la mujer es esclava del marido, "una máquina hacedora de hijos, productora de carne de cañón". El nuevo régimen de la U.R.S.S. "presidió la estabilización de las relaciones conyugales, limpias en lo sucesivo del fango secular de la mentira, de la hipocresía y de las consideraciones de interés. La familia soviética confía en el amor compartido, basado en una profunda comprensión recíproca y completa igualdad entre marido y mujer". El marido ya no es más "la cabeza de la familia", con derechos absolutos. Ambos consortes son libres en la elección de sus ocupaciones. "El casamiento por interés no tiene ninguna razón de existir." El casamiento es civil y mantenido por el con-

sentimiento recíproco de los contrayentes; el religioso no es obligatorio. Nadie puede impedir a una muchacha, mayor de edad, casarse con el hombre que ama. En cuanto al divorcio, es tolerado por la ley soviética en los casos en que el casamiento es desdichado. El procedimiento del divorcio rechaza cualquier intromisión en la vida íntima de los consortes; los bienes que antes del casamiento pertenecían a estos últimos, les corresponden en caso de separación. A pesar de que el divorcio es libre, se torna cada vez más raro. Los matrimonios, en cambio, son cada vez más numerosos.

De acuerdo con estas aclaraciones, Serebrennicov declara que se engañaron los que pretendían que “destruyendo las viejas relaciones familiares, se quebrantaría y arruinaría en modo irremediable la familia, alentándose el desenfreno”. Él señala que “el poder de los Soviets anuló las viejas leyes que disgregaban la familia por dentro y codenaban a la mujer a una eterna esclavitud. Al contrario, la familia ha sido consolidada, la nueva familia, vigorosa y unida, que no existía antes”.

La moral soviética, según el mismo autor, es “severa y pura”. El Estado, que estableció para la vida conyugal el principio de la igualdad integral entre los consortes, “no admite considerar el casamiento con ligereza. Por eso, en la U.R.S.S. las uniones transitorias son enérgicamente combatidas; ellas son anormales, por cuanto desvían el matrimonio de su sino primordial, vale decir, de crear una familia poderosa y unida”. La legislación soviética protege con mucha atención “pero también con severidad, el derecho de la mujer y el interés de los niños”... “Uno de los más grandes problemas sociales consiste en asegurar a cada mujer la posibilidad de una maternidad feliz; la legislación soviética, en lo que a la familia se refiere, está de hecho subordinada a esta última.” El cuidado de los hijos debe interesar en igual medida a ambos padres. El marido que abandona su familia es obligado a contribuir al mantenimiento de los hijos hasta la edad de 18 años, entregando “un cuarto del salario, si hay un solo hijo, una tercera parte si hay dos, la mitad para tres hijos o más.” Quien intenta sustraerse a sus obligaciones, es castigado con prisión hasta dos años.

Es el lugar para preguntarnos qué impresión produce esta legislación soviética a un occidental individualista o libertario antiautoritario. Si hemos de referirnos al artículo de Fred Esmarges: "La U.R.S.S. y la libertad sexual",¹ es curioso que el autor llegó a las mismas constataciones que Serebrennicov con diez años de anticipación. De esta manera, decía él que los dirigentes soviéticos "son partidarios del puritanismo", y en lo que se refiere a la libertad de las costumbres, todo el esfuerzo tiende a frenar los impulsos sexuales dentro de los límites de "las costumbres honestas y del matrimonio". El Kom-somol ha emitido reglas de conducta moral que van hasta "el anatema contra las relaciones sexuales provisionales, ligeras y ocasionales; anatema contra la vida sexual desordenada", exaltándose en cambio "el gran amor, el matrimonio sólido y duradero".

Los que creían, conforme algunos teóricos revolucionarios, que el origen de la propiedad y, como consecuencia, del sistema capitalista, se encuentra en la familia, esto es, en la pareja conyugal, comprueban, por el contrario, de acuerdo con las nuevas leyes soviéticas: la consagración "de la pareja conyugal, repudio de la inmoralidad, denuncia de la anarquía sexual, revalorización del amor sentimental, la lucha contra el aborto, aun cuando es legalizado", etc. Acerca de la igualdad de la mujer con el hombre, el autor del artículo dice con un matiz hasta cierto punto peyorativo: "Con las posibilidades educativas que tienen a su disposición, los dirigentes de la Unión Soviética podrían haber orientado a la juventud hacia la abolición de la cohabitación. De esta suerte se habría intentado la realización de una obra magnífica"... Pues, solamente "con la desaparición de la cohabitación, cortando de esta manera los últimos vínculos de la *dependencia* de la mujer ante el hombre", se puede asegurar a la mujer su igualdad real en todos los terrenos de la vida social, económica, política, cultural, es decir, "su emancipación total".

Si confrontamos estos datos con las impresiones de un via-

¹ *L'en dehors*, París-Orleáns, diciembre de 1934.

jero occidental, de ningún modo libertario ni ateo, sino clérigo anglicano (como es el caso del deán de Canterbury, Hewlett Johnson, quien escribió dos libros: *La sexta parte socialista del mundo* y *El poder soviético*, 1945), comprobamos que aquellos concuerdan casi en su totalidad, a pesar de haber partido los autores de puntos de vista diferentes. Mencionaremos algunos renglones del último libro del viajero inglés:

“La Rusia soviética trata la vida de los niños — toda su vida — con profundo respeto, tanto en su propio beneficio, como en el del desarrollo de sus fuerzas latentes en beneficio de la comunidad”... “La Rusia soviética trata a las parturientas con especial respeto” (siguen los detalles acerca de las ayudas proporcionadas antes y después del alumbramiento). “Ninguna de las reformas rusas es tan significativa como la serie de cambios producidos en el trato a las mujeres... La madre rusa disfruta de una protección legal excepcional”... “La promiscuidad, que imperaba antes, ha sido substituida con la luz difundida en todas las masas de la población.”

Como conclusión, el deán de Canterbury escribe: “El sexo juega un papel más importante en la vida política rusa que en cualquier otra parte del mundo, donde el capitalismo es quien requiere la explotación de la mitad más débil de nuestra especie. La coeducación, la actividad sana, la misión creadora, el trabajo que tiende hacia una finalidad que todo lo absorbe — todo esto, combinado con una independencia económica, sitúa al sexo en la escala natural y sana.”

Después de semejantes testimonios, se podría creer que en “la sexta parte del mundo” la ciencia eugenésica es practicada paralelamente con las demás transformaciones sociales de la U.R.S.S. Pues “una nueva ética conyugal”, una “nueva educación” no puede ser completa sin la iniciación de los *padres* en los “misterios” genésicos. Sin una educación sexual integral, no se puede alejar los peligros que perpetúan las degeneraciones heredadas de las generaciones sometidas a un régimen de explotación del trabajo en beneficio de algunos privilegiados. Un paso importante hacia la educación integral son los cursos preparatorios reservados a las madres. Estos cursos no tienen

qué ser limitados a los problemas biogenéticos (la concepción, el nacimiento y la crianza del niño), sino hacerlos extensivos a todas las realidades físicas, psíquicas, intelectuales, morales, que ignoran la mayor parte de las mujeres, aun en los países de vieja tradición cultural. Solamente la mujer despejada puede ser compañera igual a su marido y orientadora, compenetrada de amor y comprensión, de los hijos. A través de éstos se prepara el porvenir pacífico y armonioso de la humanidad.

Corresponde exponer ahora algunas comprobaciones de una doctora norteamericana, Margaret Sanger, que —todo lo contrario del clérigo Johnson, sugestionado más bien por el mandato bíblico de “creced y multiplicaos”— se ocupó de la limitación de los nacimientos en la U.R.S.S. (en *The Birth Control Review*, de donde su artículo ha sido reproducido en *L'en dehors*, julio-agosto de 1935). Visitó dispensarios, hospitales, clínicas y otras instituciones destinadas a la protección de la maternidad, en Leningrado, Moscú, Odesa, Stalingrado, etc. Por todas partes, derechos iguales para ambos sexos. “Pero cuando comienza el embarazo, dicha igualdad cesa. La mujer se convierte entonces en protegida del Estado... La madre y el niño se encuentran bajo el cuidado y protección del gobierno en una medida que, quizá, no ha sido aplicada nunca en el curso de la historia.”

Por lo visto, la doctora Sanger se interesa del hecho médico, clínico y no de su significación social-económica y, especialmente, política. En aquel tiempo no existían objeciones religiosas contra la limitación de los nacimientos. “No se discute el derecho de la mujer de conocer los métodos anticoncepcionales.” No por motivo de salud, por motivos eugenésicos o económicos, como en América. Este derecho “se acuerda a la mujer como un derecho humano elemental”... Después de una serie de detalles acerca de la práctica del aborto en el hospital, bajo el control oficial (solamente en Moscú, cien mil casos anuales), la doctora cree que es necesario dar preferencia a los medios preventivos, “para poner freno al aborto”... “Las informaciones sobre la limitación de los nacimientos forman parte

del servicio social del gobierno." Pues, teóricamente, no existen trabas legales, pero prácticamente "los productos anticoncepcionales son raros y de mala calidad" (y en este sentido "América del Norte es superior a la U.R.S.S."). La doctora Sanger es objetiva cuando se refiere a las realidades social-políticas, pero cree, con ingenuidad, que "después de la realización de los planes sociales y económicos de la Rusia soviética, ni el aborto ni los medios preventivos serán necesarios o deseados".

Quince años más tarde, un sexólogo eminente, muy conocido por su acción en la educación sexual, el doctor Norman Haire, reconoce cuánto ha cambiado en este sentido la situación en la U.R.S.S. Dice en la introducción de su libro: *Everyday Sex Problems* (ed. Fr. Muller, Londres, 1949), que precisamente una revolución como la que tuvo lugar en Rusia, no implica de un modo necesario la adopción de todas las reformas sociales. Algunas de ellas se realizaron paralelamente con la Revolución, pareciendo ser sus lógicas consecuencias, inseparables. Pero, agrega el Dr. Haire, "en los diez o doce años, el péndulo osciló, volviendo a la otra extremidad, de manera que las condiciones actuales son peores bajo el régimen soviético que bajo el régimen zarista. Presupongo que existen motivos que justifican la derogación de las leyes que autorizaban el aborto. La renuncia a la difusión de las informaciones y de las facilidades anticoncepcionales, como asimismo la restauración de los muy severos castigos aplicados a los homosexuales masculinos". (La revista *L'Unique*, diciembre de 1949, de donde reproducimos estas líneas, agrega que también la obtención del divorcio llegó a ser más difícil en la U.R.S.S.)

¿Por qué el Dr. Haire hace, alto igual que otros de sus colegas, en la mitad del camino? "Hasta ahora —dice— no he podido descubrir los motivos de este cambio de actitud. Esto no es de mi incumbencia, y no deseo criticar a la Rusia soviética"... A pesar de sus avanzadas opiniones en la educación sexual integral, este médico se abstiene de criticar los errores y debilidades que —tal como se expresa él mismo— "hablando sinceramente, no los comprendo... Hago mención a Rusia, solamente para demostrar claramente que una revolución política

o económica no puede realizar inevitablemente las reformas sexuales que yo, y posiblemente el lector, creemos dignas de ser deseadas”.

Así, pues, el *médico* Haire ¿no pudo “descubrir los motivos de este cambio de actitud”? ¿Pero cómo puede un médico tratar una enfermedad si no conoce su causa o no se esfuerza en descubrirla? Los problemas de la medicina social, entre los cuales se cuenta también la educación sexual, se hallan en relación directa con el régimen social-económico y político. No es necesario que alguien sea marxista, leninista o stalinista para descubrir esta verdad generalmente humana. Todos esos “cambios de actitud” en la U.R.S.S. tienen una simple explicación, una causa demasiado evidente para no ser descubierta por médicos audaces en reformas de educación sexual, pero tímidos cuando se trata de “política”. La causa radica en el régimen mismo, fundado por el fanatismo de un partido único y absolutista, por la fuerza armada de un gobierno totalitario, rodeado de una burocracia privilegiada y de una policía inquisitorial, con poder ilimitado sobre todos los “ciudadanos” desde la cuna hasta el sepulcro. La causa, en una palabra, reside en la ausencia de toda libertad. Hasta la minoría que gobierna el inmenso conglomerado de pueblos sometidos a la tiranía del Estado, incluso sus propios “gobernantes”, arbitrarios y oportunistas, *no son* libres. Son esclavos de su sed de poder, de las pasiones que van más allá de las normas de una existencia pacífica, creadora, sana... Ellos son esclavos del poder político. *Pero no son irresponsables*. Otros médicos, más consecuentes, libres del fetichismo de la autoridad, ya comenzaron a ocuparse de esta grave enfermedad: de los delincuentes políticos,² de los criminales de Estado que se creen protegidos por las leyes hechas e impuestas también por ellos, para ejercer su todopoderoso terror, su “infalibilidad”, y satisfacer todos sus deseos y pasiones por la sumisión ciega de sus partidarios y, especial-

² *Autoridad y delincuencia en el Estado moderno*, enfoque criminológico del problema del Poder, por el Dr. Alex Comfort, Londres, 1950.

mente, por el trabajo forzado de millones de "robots" y de "sospechosos" en las usinas y campos de concentración.

"¡Esto no es de mi incumbencia!... no deseo criticar", etc. El doctor Haire y los que se le parecen, anulan ellos mismos la parte buena de sus obras científicas y sociales por temor, por prudencia, o por su negativa de proclamar una verdad demasiado evidente y sentida en carne propia por todo un mundo, por los pueblos, por innumerables individuos. He aquí por qué tenemos que abrir los libros tan palpitantes de vida y sufrimiento de los que no fueron médicos, profesores, especialistas en "disciplinas" más o menos científicas, sino *hombres* —lisa y llanamente hombres que lucharon en la contienda social, política y económica— y no vacilaron en advertir a los camaradas engañados por jefes "geniales" que invocan los "intereses de la colectividad" y de la nueva "patria proletaria".

Abramos uno de los conmovedores testimonios de un escritor que ha partido de París a la U.R.S.S., con el deseo de servir sus ideales revolucionarios. Durante 16 meses anduvo de norte a sur y de este a oeste por el mundo de sus sueños de fraternidad, justicia y libertad, procurando verlo todo, y no solamente las apariencias de las nuevas realidades; buscó el bien pero también el mal que ponía en peligro "el nuevo orden"; buscó al hombre y su dignidad más allá de la forzada máscara oficial; sin falsa guía, ha querido descubrir las bellezas del país, pero también los horrores ocultos bajo las banderas y los cartelones de la propaganda. Y finalmente, con las ilusiones desvanecidas y con el corazón herido por la desesperanza y la revuelta, regresó al occidente "burgués y podrido", para gritar al oído del mundo la verdad, solamente la verdad. De otra manera, "tenía que tragar veneno". No podía, con su silencio, hacerse cómplice de los que, en nombre de la Revolución, subyugaron a los pueblos de la Unión Soviética. Este escritor se llama Panait Istrati, cuyos testimonios aparecieron en 1929, en tres volúmenes y bajo el título *Rusia al desnudo*. Muchos los han leído, por aquel entonces, con perplejidad, con estupor. Los que los releen hoy, reconocen el coraje de precursor de Panait Istrati, quien fue entre los primeros en denunciar los errores

y las crueldades de un régimen absolutista, cuya "política en vigor es la siguiente: aplastar toda veleidad de independencia espiritual y de verdadera crítica".

No obstante, este no es el lugar para exponer la crítica de Panait Istrati contra el gobierno, el Politburó, la administración militarizada y la policía secreta, más terrible que la *Okhrana* zarista. Extraemos al azar algunos pasajes en relación con las costumbres de los privilegiados y con la vida cotidiana de la muchedumbre:

"El terror que va contra el vientre y contra el abrigo, es decir, el peor de los terrores, produce, un día u otro, la cobardía general, y la unión de entrambos permite a los tiranos gozar de sus anhelos"... "Apoyándose, ante todo, en una minoría gobernante..., la burocracia falsifica escritos, dilapida los fondos de la caja, viola a la mujer que le gusta, exige de las obreras un impuesto "en especie"... "Verdadero paraíso terrestre, el Cáucaso ha visto estrellarse magníficos automóviles en los abismos, con ilustres jefes, bellísimas mujerzuelas y el camarada chofer, todos ellos borrachos perdidos" (pág. 96 de la versión castellana, ed. Zig-Zag, Santiago de Chile).

Panait Istrati no vaciló en denunciar una serie de hechos infamantes, aun durante su permanencia en la U.R.S.S., mediante las cartas que dirigió a las autoridades de Moscú, "en la forma más amistosa, pero franca y categóricamente". Cómo fue socavada la vida familiar por los desalojos forzados, llevados a cabo por las famosas JOKT (cooperativas de alojamiento), se puede ver en la parte que lleva el título: "El asunto Russakov". Un viejo pero íntegro revolucionario, que no se callaba cuando tenía que expresar su opinión, "fue sacado de su casa con toda la familia, tras las intrigas de un agente de la G.P.U. y de una delegada "histórica" y pendenciera de JOKT. Es un caso entre miles acaecidos en la U.R.S.S. igual que en todos los países de régimen dictatorial, fascista, nazista, etc. Allá impera una sola ley: la del buen placer, apenas disfrazado bajo formas "igualitarias", pero confirmando el viejo dicho de los "revolucionarios", que perpetúan la esclavitud y la injusticia en

nombre de la libertad y de la justicia: "Levántate tú, para sentarme yo"...

Los ejemplos de "podredumbre", en todos los sectores sociales, desfilan en el libro de Istrati: "Dejemos de lado los cien pequeños escándalos que se producen todos los meses en la Unión. Mas no podemos olvidar el horrible tumor de Smolensk, donde el comité del Soviet, el comité del Sindicato, la milicia, la G.P.U., la magistratura y la redacción del periódico local, se coligan para irse de juerga y comerse los fondos durante cerca de un año, abatiéndose sobre toda la ciudad. No hay una sola mujer que les guste que sea capaz de resistirlos. Y el tumor no revienta más que cuando llegan a asesinar a una de las mujeres. Entonces fusilan a unos cuantos y encarcelan a otros; pero a uno de ellos se le nombra sustituto del procurador de una ciudad de Siberia" (id., págs. 99-100).

Escándalos similares se registran también en Moscú, no solamente en las provincias. Algunos escritores y poetas, "de los más soviéticos, de los más proletarios, se llevan una noche a la mujer de un "camarada", querida de uno de ellos. Se emborrachan, dan un narcótico a la loca y se la pasan de uno a otro. A la mañana siguiente, al recobrar los sentidos, la desgraciada se suicida. Cuatro o seis años de presidio"... ¡Y cuando pensamos que un simple parecer, que se aparta de la "línea general", es pagado hasta con la vida!

Hagamos otra cita: "El comité del Sindicato de Moscú entero se constituye en una liga secreta *en favor de la alegría del buen pueblo*... Se llaman los *Kabouki*. ¡Y a qué se dedican? A correr juerga tras juerga, con las imprescindibles mujeres y a costa de la pobre caja. Esto hasta el día en que, enloquecidos por la vodka, se lanzan una noche a la calle, desnudos, hombres y mujeres, con un pote de mayonesa en la mano. Y los milicianos los detienen en el preciso instante en que los machos untan de salsa las nalgas de sus hembras" (id., pág. 100).

Estas escenas recuerdan ciertos episodios místico-eróticos del Medio Evo, acaecidos con poseídos y brujas. La historia se repite en los períodos de grandes derrumbes sociales. El desborde de la "moral rígida", instintos desatados y perversiones frecuen-

temente monstruosas. Pero los “héroes” de los cuales se ocupa Istrati son miembros del partido, de los comités de sindicatos, de la alta casta burocrática, en un país donde el nuevo régimen (tal como dice Serebrennicov, uno de sus apologistas, ya citado en las páginas precedentes) “presidió la implantación de las relaciones conyugales limpias en lo sucesivo del fango secular de la mentira, de la hipocresía y consideraciones de interés”. Existen, seguramente, también en la U.R.S.S. como en otros países, familias fundadas “sobre el amor compartido, sobre una profunda comprensión recíproca y la completa libertad entre marido y mujer”. ¿Acaso, es este el mérito del régimen —o de la familia que consiguió realizar su armonía interna, a pesar de todas las opresiones, a pesar de la “podredumbre” de los privilegiados de este régimen?

Pero continuemos con las citas. En Leningrado, “todo el comité de las Juventudes Comunistas es acusado de robo, violación, crímenes de derecho común... La administración superior comunista de una prisión de la ciudad cobra un “derecho en especie” por cada mujer hermosa que quiere ver a su marido encarcelado. Es un proceso lleno de detalles horribles”... Los héroes de otro escándalo, cuyo “desenlace es muy soviético” son tres presidentes: “el de la Comisión de Control, el de la G.P.U. y el del Soviet de Leningrado, que se encierran una noche en un hotel local, en compañía de unas mujeres, y se gastan, desde ese momento hasta la mañana siguiente, la suma redonda de seiscientos rublos”. ¿El resultado? “Se destituye a los dos pequeños espías” enviados por la... G.P.U., y que redactaron “un informe de lo que han visto” (íd., pág. 101).

De que el ejercicio arbitrario del Poder lleva con frecuencia a excesos, se sabe desde hace mucho. Que el desenfreno es la consecuencia de la “doble moral”, de la mentalidad autoritaria y de la política parasitaria, intrigante y averiada, también se sabe. Pero los hechos relatados por Istrati —y por muchos otros en el curso de los años— tuvieron lugar en “la patria del proletariado” donde (según el mismo puritano apologista, Serebrennicov) la moral soviética es “limpia y severa”; donde el Estado, al establecer el principio de amplia igualdad entre los cónyuges,

“no admite considerar el matrimonio con ligereza” y combate “con energía las uniones pasajeras... porque ellas desvían el casamiento de su sino primordial, vale decir, de crear una familia poderosa y unida”.

Entre las cumbres soleadas de los ideales, proclamados por los fieles de un mundo mejor, más libre y más justo, persisten los abismos oscuros de las demás realidades, donde se arrastran las alimañas ciegas de la promiscuidad, las fieras insaciables de los apetitos, los monstruos del orgullo y del terror —todas las negaciones de tantas “revoluciones” que anunciaron a los pueblos la gran salvación. Los testimonios de Istrati —repetimos— no son los de un enemigo del “nuevo orden”, sino los de un rebelde, que no pudo aceptar la doble moral de los que se hicieron amos del cuerpo y del espíritu de millones de trabajadores, anunciando que estaban forjando una sociedad socialista, cuando de hecho han encajado un Estado despiadado, tiránico.

Rusia al desnudo apareció hace mucho. Algunos podrían objetar que mucho ha cambiado desde entonces, cuando la U.R.S.S. atravesaba una crisis de transformación y consolidación. Un cuarto de siglo más tarde, en un ensayo sobre *La mujer rusa* (*Cenit*, Toulouse, nov. de 1952), Edward Crankshaw, que viajó por la U.R.S.S., hace interesante análisis social-económico y psicológico de las mujeres rusas, cuya situación no ha cambiado desde 1927, cuando Panait Istrati recorrió los países soviéticos. En lo concerniente a la obligatoriedad del trabajo, el autor inglés dice que persiste un profundo “conflicto entre la necesidad de más y mejores niños y la demanda de mano de obra femenina en las fábricas y en los campos, en las oficinas y en los laboratorios. Las no casadas o las no afortunadas de la vida matrimonial, pueden trabajar arduamente por la gloria de Rusia y de Stalin por el resto de sus días. Pero las casadas que tienen hijos tropiezan pronto con las duras realidades de la vida bajo Stalin, perdiendo pronto sus incipientes entusiasmos constructivos”... Hablando luego del trabajo forzado de un grupo de jóvenes y robustas campesinas, abatiendo troncos en la ribera helada, bajo la mirada de un solo centinela armado (que él mis-

mo ha visto cerca de una ciudad clavada en la estepa central), Edward Crankshaw pregunta: "¿Cómo podría soñar con des- embarazarse de la tiranía del Kremlin? En proporción estas mu- jeres se desenvuelven no más penosamente que el soldado britá- nico, gruñendo y chanceando en servicio activo. Ello era parte de su vida, y doblaban la espalda para cargar el fardo, arras- trándolo, lo mejor posible, pero sin dejar de ser ellas mismas."

Pero este autor no ignora que existe otra clase de mujeres, desarrollándose rápidamente en nuestros días: "No me refiero —dice— a las actrices, las danzarinas y otras semejantes que no piensan seguramente sino en su carrera, en sus intrigas profe- sionales, en su arte, tomado por cierto muy en serio. Me re- fiero, más bien, a las esposas e hijas de los ricos y afortunados en rápida formación de nueva casta. Éstas no tienen obligacio- nes, ni deberes, ni aparentemente conciencia social. Durante la guerra no prestaron servicio nacional; sus esposos las situaron hacia el interior..., pasando días y noches como las hijas y es- posas de los nobles provincianos del siglo XIX, pero con mucha menos relación con el mundo aldeano, a causa de su total au- sencia de responsabilidad... Esta clase de privilegiados está al margen de la colmena social"...

El autor explica que la razón de esta situación es que "estas mujeres no tienen asiento fijo en una gradual jerarquía. La mu- jer del brillante general, del jefe de la M.V.D., del escritor po- pular, del más capaz ministro o del encumbrado secretario del Partido, todas estas esposas e hijas gozan hoy privilegios a los cuales naturalmente se adhieren, que las arrancan absolutamente del ambiente de sus paisanos. Y mañana, contra su voluntad, sin aviso previo, pueden despertarse y encontrarse con la sorpresa del esposo dimitido, arrestado o liquidado, y con ello el derrum- bamiento total de su inestable posición. Es el retorno a la masa informe; la dificultad de hallar trabajo indispensable para el sus- tento del cuerpo y del espíritu, peor situación, mil veces, si no se ha conocido otro estado de existencia, pues con la caída del esposo se pierden no sólo los privilegios y los medios de exis- tencia, sino también los amigos, quienes se apartan despavoridos,

temerosos de contaminarse en contacto con la familia en desgracia"...

¿La conclusión? Mientras el régimen persista en su presente forma, las mujeres no dejarán su huella en la política del Kremlin. La mayoría de las mujeres rusas, "demasiado honestas para desvirtuar los hechos y la realidad de la vida allí vivida, no pueden convertirse en políticos y escritores... Las que podrían ser activas recurren a las profesiones impersonales, donde sus cerebros pueden funcionar, comparativamente, a cubierto de la coacción política. Mientras que la mujer corriente gana en Rusia, con su tasa de trabajo, su pan junto con su esposo, ellas no toman parte en la vida pública. Pero en la vida privada, detrás de la fachada expuesta a la mirada del visitante extranjero, es suprema como madre, como esposa, como enfermera, y más majestuosa todavía como abuela: la 'babushka', de tradicional memoria. Quiere decir que la mujer rusa es todavía, como ha sido siempre, la directora pasiva de Rusia. Acepta el régimen sin formar parte de él. Es el receptáculo del alma del país".

Hoy, después que la U.R.S.S. salió victoriosa de la Segunda Guerra Mundial, un observador objetivo sería obligado a reconocer la verdad trágica; todos los planes quinquenales, todos los progresos técnicos, todas las mejoras superficiales no pueden ocultar el mal orgánico del régimen. Como todos los sistemas dictatoriales, aquél se mantiene por la fuerza y el terror, por el control permanente, político, policial y militar, por el trabajo forzado de las nueve décimas partes de la población en beneficio de los partidarios, a su vez dominados por una oligarquía de directores, de generales y "comisarios del pueblo". 'Y por sobre todos reina el jefe sin corona, pero más autocrático que los emperadores que se sucedieron en este mundo.

Semejante régimen se ufana de "sus" realizaciones, con las escuelas, las instituciones científicas y artísticas, los hospitales y sanatorios, las maternidades, los jardines de infantes, etc. "Todo pertenece al pueblo." Pero las estadísticas ordenadas y toda la propaganda sistemática no pueden ocultar el vicio inicial: la

esclavitud como método de gobernar en una inmensa "unión" de pueblos, cuyo standard de vida no es bajo ningún concepto superior al de los pueblos occidentales. ¿Dónde está la estadística de las prisiones, cárceles y presidios de la U.R.S.S.? ¿Dónde está el mapa de los campos de concentración, diseminados por toda la extensión de la Unión, particularmente en las regiones donde el clima y las condiciones de trabajo son más homicidas? Hoy se ha comprobado plenamente, mediante los testimonios de los fugitivos y los procesos de gran resonancia, que en "la patria del proletariado" el trabajo forzado constituye un medio de exterminación más lento, pero seguro, de los infelices que ya no están en "la línea", de los "traidores", los sospechosos, los deportados, los extranjeros y ciudadanos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, quienes representan en conjunto la más escalofriante pena y humillación, la más infame degradación del individuo y de la humanidad.

Estamos obligados a limitar en estas páginas nuestra exposición. Lo que puede ser la vida familiar en los campos de concentración es fácil de imaginarse. Ella tampoco existe en el sentido normal. Las relaciones intelectuales, psíquicas o sexuales no se pueden manifestar sino en formas disfrazadas, híbridas, antinaturales. De los libros cada vez más numerosos que tratan estos temas, citaremos los testimonios de dos mujeres: Margareta Buber-Neumann (*Deportada a Siberia*, ed. du Seuil, París, 1949) y Elinor Lipper (*Once años en las cárceles soviéticas*, ed. Natan, París, 1950). Ambas fueron a la U.R.S.S. con el deseo de servir a la revolución rusa, y soportaron después todos los horrores del régimen penitenciario, logrando abandonar el "paraíso" soñado para gritar —igual que Panait Istrati— la verdad ante el mundo. Lo que parecía increíble a los que, en 1929, leyeron *Rusia al desnudo*, es pálido al lado de los horribles detalles de que se hallan repletos los libros, escritos con lágrimas y sangre, por las víctimas que escaparon de las garras de los verdugos.

Para referirnos solamente al trabajo forzado de las mujeres en los campos de concentración de Siberia, reproducimos algunos renglones de las declaraciones de Elinor Lipper en el pro-

ceso de París: "Se trabaja de 12 a 14 horas diarias en una temperatura de 50 grados bajo cero; el invierno dura allá ocho meses; los hombres trabajan y revientan (*crèvent*) en las minas de oro; la mortalidad llega a veces al 30% anualmente. No se puede hablar de condiciones humanas. Las mujeres trabajan como peones en los terraplenes, como leñadoras en el bosque, hundidas en la nieve hasta la cintura, y el trozo de pan que reciben depende de la faena que realizan. Si no hicieron suficiente tarea, reciben menos pan; recibiendo menos pan, se debilitan y trabajan menos. De este modo llegan, finalmente, a los grandes hospitales, donde la mayoría muere por distrofia alimenticia, es decir, de hambre" (pág. 44 del libro *Le procès des camps de concentration soviétiques*, diciembre, 1950, de acuerdo con las notas taquigráficas, ed. Wapler, París).

Esto ocurre en un país donde la "primacía del trabajo" es proclamada como la más alta virtud, y donde aparecieron esos tipos de campeones de la producción, esos entrenadores "voluntarios" llamados stakhanovistas, inconscientes precursores del trabajo forzado, quienes llevan con orgullo la medalla conferida por el representante del gobierno, cínico aprovechador del régimen.

¿Y la madre y el hijo? Citamos del libro de Elinor Lipper el "cuento" de una detenida, Smimora, la esposa de un alto funcionario, arrestado por "traición". Expulsada del hogar, apenas pudo encontrar una choza en la periferia de Moscú para poder abrigar a sus tres hijos. Con mucha dificultad logró esta "enemiga del pueblo" un servicio en el correo. Cada tres horas corría a su casa para amamantar a su hijo de dos meses de edad. La hija de seis años lo cuidaba en ausencia de la madre. El muchacho de 14 años concurría a la escuela. Sabía que el padre no partió para hacer un largo viaje, sino que yace, inocente, en alguna cárcel. Los meses pasaban. Una tarde llegaron los policías para llevarse a la madre. La llevaron a la cárcel de Butyrki. A la primera revisión corporal, Smimora preguntó a la guardiana cuánto tiempo permanecería allí. Pues ella tenía que amamantar a su hijo... Silencio. Fuera del juez de instrucción, nadie tiene permiso de hablar con los detenidos.

Encerraron a la madre en una celda. Le dolían los senos por exceso de leche. En el hogar, el niño gritaba, hambriento...

Reproducimos, textualmente, la continuación del "cuento":

"Al atardecer, la condujeron para levantarle el sumario.

"—Dígame lo que usted sepa de la actividad contrarrevolucionaria de su marido —pregunta el juez.

"—¡Mi marido no es un contrarrevolucionario!

"—Así, usted no quiere decir nada. ¿Quiere usted proteger a ese canalla? Bueno, tal vez usted cambie de parecer en la celda.

"—¿En la celda? Pero si es preciso que regrese a casa. Mis tres hijos han quedado allí sin nada. El más pequeño se va a morir si no le doy el pecho.

"—¡Declare que estaba al corriente de los sabotajes de su marido y volverá a ver a su hijo!

"—¡No puedo, es inocente!

"El juez de instrucción tocó un timbre; un soldado de guardia apareció.

"—¡Llévenla a la celda 49!

"Ella entró en la celda como una sonámbula. Ni siquiera notó a las mujeres que se aglomeraban en torno. Un solo pensamiento: los hijos abandonados. Cuando a ella también se le entregó la cuchara y el cazo para la cena, se retiró a un rincón para no ser vista, apretó sus repletos senos e hizo surgir la leche sobre el cazo. Una de las mujeres arrojó el contenido en un balde hediendo que se hallaba en la cercanía de la puerta. Un murmullo recorrió la celda: "Han metido en la cárcel a una mujer que amamanta... La madre no oía nada. En sus oídos resonaban los lloriqueos del niño hambriento... Al día siguiente volvió ante el juez de instrucción:

"—¿Ha reflexionado usted?

"—Dígame cómo van mis hijos —imploró ella.

"—Firme la declaración de que su marido habló de sabotaje y le daremos noticias de sus hijos.

"—Me quiere usted hacer cómplice del asesinato de mi marido, cuando él es inocente. No puedo hacer semejante cosa.

"—¿Nada más tiene usted que declarar?

“—Déjeme ver a mi hijito. Morirá sin su madre. Por lo menos, decidme dónde se encuentra. Tengan piedad de este pequeño ser inocente...”

“La madre lloraba, imploraba, gemía; pero ignoraba que es más fácil enternecer a una bestia feroz que a un juez de instrucción de la N.K.V.D. En vez de contestarle, éste le acercó el sumario ya preparado para que lo firmara.

“—Mi hijo no me tendría ninguna consideración si traicionara a su padre por su causa.

“Rechazó el documento. El juez de instrucción alzó los hombros y la hizo despedir. Esa misma tarde, fue de nuevo llamada: una enfermera le vendó el busto para detenerle su leche.

“Algunos meses más tarde, sin que nada se le hubiese comprobado, la madre fue condenada a ocho años de privación de libertad, como “miembro de la familia de un traidor”. Nunca supo lo que sucedió con sus hijos” (ob. cit., págs. 45-46).³

Después de este relato, ¿hay algún lector que tenga necesidad de nuestro comentario? Le rogamos solamente que relea el comienzo de este capítulo, la parte concerniente a la protección de la madre y del niño, con las “espectaculares” cifras relatadas por V. Karpinski, otro de los apologistas del régimen, en su libro *Cómo es administrada la Unión Soviética*. Que relea también lo que hemos escrito acerca de las impresiones de un viajero occidental, Hewlett Johnson, deán de Canterbury, que declaró solemnemente que: “La Rusia soviética trata la vida de

³ Lo mismo ocurre en otros países donde rige una dictadura de “derecha”. Los medios de tortura son idénticos. En su novela de costumbres social-políticas: *El Señor Presidente* (Ed. Losada, Buenos Aires, 1952), Miguel Angel Asturias describe más detalladamente una escena parecida y, quizá, más horrible. Una madre inocente, detenida en un país de Sudamérica, es torturada para decir lo que no sabía. Citemos sólo algunas líneas:

“Una puerta se abrió a lo lejos para dar paso al llanto de un niño. Un llanto caliente, acongojado...”

—¡Hágalo por su hijo!

Ni bien el Auditor había dicho así y la Niña Fedina (la madre), erguida la cabeza, buscaba por todos lados a ver de dónde venía el llanto.

—Desde hace dos horas está llorando, y es en balde que busque dónde está... ¡Llora de hambre y se morirá de hambre si usted no me dice el paradero del general!” Etc.

los niños —toda la vida de los niños— con profundo respeto...”
“La Rusia soviética trata a las parturientas con igual respeto...”
“Ninguno de los cambios rusos es tan significativo como la serie de cambios producidos en el tratamiento de las mujeres... La madre rusa disfruta de una protección legal excepcional”...

... Fuera de Smimora, la esposa de un funcionario “traidor”, detenida ella también ¡por insistir en su inocencia!... Fuera del niño hambriento, al que la madre no podía amamantar, porque un representante de la “justicia soviética” la extorsionaba con monstruosa ferocidad ¡para que firmase el sumario previamente preparado con mentiras que justificaran legalmente una doble condena!... ¿Pero son necesarias semejantes siniestras comedias judiciales cuando millones de individuos son deportados por una simple orden administrativa, sin saberse por qué y adónde? Por *reales* que fueran las cifras oficiales, por las cuales el gobierno pregona “la protección de la madre y del niño” en la U.R.S.S., *más reales* son las cifras ocultas, pero seguramente muy elevadas, de los que soportaron y aún soportan, en la noche de la miseria y de la tortura, la suerte de una Smimora y sus hijos.

Romain Rolland, que defendió a la Unión Soviética, sobre todo en los momentos de peligro, escribió, en una carta dirigida a los escritores rusos emigrados Balmont y Bunin, las líneas siguientes: “Si yo hubiera compartido vuestras vicisitudes, estaría con vosotros. Si yo hubiera visto los sufrimientos *de una sola víctima inocente*, el más magnífico orden social no sería capaz de hacérmelos olvidar y perdonar.” Y Popper-Lynkeus, un sabio y sociólogo, de cuya concepción nos hemos ocupado en otro trabajo⁴, escribió estas palabras proféticas: “Mientras es posible que *un solo* hombre tenga hambre o no tenga asegurados sus medios de existencia, todo el orden social no sirve para nada”... Esta verdad se manifestó frecuentemente en el pasado, y hasta en nuestros días hemos asistido al derrumbe de algunos regímenes dictatoriales, terroristas, llamados fascistas, nazistas

⁴ “José Popper-Lynkeus y el Servicio General de la Alimentación”, ensayo publicado en el libro *El espíritu activo*, Bucarest, 1940, y por separado en folleto, Viena, 1931.

o de otro modo, bajo los cuales millones de seres inocentes perecieron por el hambre y enfermedades, porque los padres u otros parientes suyos no eran considerados por los amos momentáneos como miembros privilegiados del régimen. Por elevados que fueran los ideales o los principios de la Revolución rusa, el régimen que continúa en su nombre un sistema de opresión, de esclavitud, de exterminio por el simple delito de opinión —determinando de esta manera otros numerosos sacrificios entre las madres, hijos, ancianos, inválidos, etc.—, semejante régimen lleva en sí mismo los gérmenes de su descomposición y de su derrumbamiento.⁵ Podrá prolongar algún tiempo su existencia, valiéndose de medios antinaturales y antihumanos, pero la Naturaleza y la Humanidad afirman finalmente sus leyes biológicas y éticas, sus instintos de conservación, pero también sus impulsos constantemente renovados de libertad, justicia y pacífica convivencia.

Los sinceros y devotos amigos del hombre, sean cuales fueran su nacionalidad, raza o categoría socialpolítica, saben que el progreso se realiza paso a paso, por muchas que sean las trabas

⁵ Cabe mencionar aquí, a título documental, el artículo de Alexander Orlov, ex general de la policía secreta soviética (en *Life*, 23 de mayo de 1953) concerniente a *Los secretos de Stalin*. Sobre Yuri Piatakov, escribe: "Uno de los aspectos más tristes del caso de Piatakov fue que los inquisidores de Stalin consiguieron emplear contra él nada menos que a su propia esposa y a Moskalev, su mejor amigo. Stalin daba mucho valor al testimonio de esposas contra esposos, de hijos contra padres, de hermanos contra hermanos, no sólo porque tal testimonio desmoralizaba al preso y quebrantaba su resistencia, sino además, porque le producía una satisfacción tremenda el asestar un golpe a un adversario político con la mano de uno de los miembros de su propia familia."

Más adelante, leemos sobre Nicolai J. Bukharin, uno de los más destacados bolcheviques y el amigo más querido de Lenin: "Bukharin resistió a pie firme la presión de los inquisidores por dos meses y no quiso firmar nada. Pero tenía, como los otros, un punto débil: su familia. En 1933, a los 45 años de edad, conoció a una joven de rara belleza. A pesar de que la joven estaba casada con un hombre apuesto y atractivo, el regordete Bukharin logró conquistarla y se casaron. Tuvieron un hijo y él enloqueció de felicidad. Durante el proceso negó toda complicidad en el complot contra Lenin. Sin embargo, se comprometió por salvar su vida y ganó una pequeña probabilidad de ver nuevamente a su esposa y a su hijo. Se calificó de 'fascista despreciable' y 'traidor a la patria socialista', etc. Pero, al fin Bukharin no estaba entre los que se libraron de la muerte."

que se levanten en su camino; que las "utopías" de la paz y la solidaridad, de la libre asociación entre individuos y grupos se realicen, pese a los desmentidos momentáneos, primeramente en ciertos puntos del planeta, extendiéndose luego de un país a otro, de un continente a otro.

En la U.R.S.S. se intentó, en 1917, una transformación de la "utopía" en realidad colectiva y hasta mundial. Pero la Revolución *social* ha sido desnaturalizada, ahogada por una minoría de políticos inescrupulosos (tal como ocurrió también en otros países); ellos instauraron la dictadura de un partido único, en los cuadros artificiales, rígidos, de un Estado que no podía ser "socialista" con sus métodos de gobernar, similares a los de los Estados capitalistas, tendiendo inevitablemente hacia la gigantasia y el totalitarismo. Tan sólo cambiaron las formas, las apariencias superficiales. La realidad biológica y social quedó en el fondo, con sus energías latentes, de liberación y renovación.

Como en cualquier parte, también en la U.R.S.S. la verdad de la vida y de la humanidad persiste en actuar subterráneamente, como la sangre en el cuerpo, para salvar a los pueblos, es decir, a los individuos que los constituyen, del flagelo de la intolerancia ciega y de la violencia destructora. Pues también en la U.R.S.S. existe una *Revolución desconocida*, totalmente distinta a la falsificada por los amos temporarios de allá. Entre otros, nos lo mostró detalladamente Volin, quien ha luchado durante largos años contra los tiranos zaristas y bolcheviques de su país, dejando como testimonio y enseñanza un libro con el mismo título: *La Revolución desconocida*.⁶ Este libro, lleno de documentos vivos, tiene que ser difundido y leído, por lo menos tanto como los innumerables escritos marxistas-leninistas-stalinistas, *para servir como su antídoto*, en la lucha por la verdad, vale decir, por la paz y la libre cooperación entre todos los hombres de buena voluntad, entre individuos y pueblos, sin distinción de nacionalidades, de raza, de sexo, de religión o de *política*, esta última siendo la más tremenda entre las enfermedades sociales que padece la Humanidad.

⁶ Un volumen de 700 páginas, editado por "Les Amis de Voline", París, 1947. Véase el extracto, anexo 4.